LA DURACIÓN: ¿UN VALOR?*

*Dominique de Courcelles***

El mito de Cronos: hacer justicia a la duración y al desarrollo

En principio, nos cuentan los griegos, existía la historia del dios Cronos, aquel dios del tiempo que habría de devorar a sus hijos, debido a que un oráculo predijo que sería destronado por uno de ellos para asegurar mejor su poder intemporal, poder sin iniciativa ni responsabilidad, lo que ha hecho posible calificarlo de sobreprogramado. Es, pues, la historia de la decadencia de una temporalidad que

rechaza la variación, niega el futuro, bloquea el orden mismo del tiempo y se resiste al valor del desarrollo de los seres, nuevos y durables como potencia de vida y de renovación del mundo y de los seres. Finalmente, han de surgir el mundo y los seres que lo pueblan, puesto que un hijo de Cronos fue salvado por su madre, divinidad de la Tierra, quien lo escondió en una gruta acogedora y nutricia. Dicho niño es Zeus inmortal, que será en adelante señor del mundo, de los hombres y de su historia. Zeus encadena la temporalidad que niega el futuro y hace justicia a la imprevisibilidad y al desarrollo. Así, se vuelve posible el presente, presente que dura porque parte de un acontecimiento de concepción, de nacimiento, de imprevisibilidad y de brote de la vida.

* Traducción de Mauricio López Noriega. El subtítulo de esta nota reza: "Ou comment la finance risque de croiser la philosophie morale" [O de cómo lo financiero corre el riesgo de encontrar a la filosofía moral].

** Centre National de la Recherche Scientifique, France.

El presente dura

Sólo el presente es, afirma san Agustín en el siglo IV de nuestra era, lo cual no es razón para desligarse del pasado ni para desinteresarse por el futuro. Porque vivir en el presente no es vivir en el instante, es vivir precisamente en la duración, lo que ha sido llamado a propósito ‘duración’ y no ‘tiempo’. El presente dura: “No se puede ver ni sentir sino lo que existe; y lo que ya es no es ya futuro, sino presente [...] Lo que por el momento veo con claridad es que no existen ni las cosas futuras ni las pretéritas [...] Más exacto me parece hablar de un presente de lo pretérito, un presente de lo presente y de un presente de lo futuro.”¹ El tiempo evoca un flujo mecánico y traqueteante, una serie impecable de pérdidas y olvidos, de cortos plazos desprovistos de toda coherencia. Resulta banal afirmar que el tiempo pasa más o menos rápidamente, según se sufra o se sea feliz; que haya un tiempo subjetivo, que sería el de la conciencia, y uno objetivo, aquél de los relojes. La fuga es la forma de ser del tiempo. Este saber no es saber, pues los precede a todos, escribe de nuevo san Agustín, puesto que nuestra conciencia es temporal de parte a parte: “Pero,

¿qué es en sí el tiempo? Cuando nadie me lo pregunta, lo sé; pero si me lo preguntan y quiero explicarlo, no lo sé.”²

El filósofo Bergson distingue bien entre tiempo y duración. Ésta, como dato interior de la conciencia, designa una ‘continuidad cualitativa’ en la cual las cosas vividas y soñadas forman el presente. No es idéntica a la sucesión y tampoco es lineal. El presente consciente es, a la vez, presente y pasado. El presente que dura es un presente vivo, que se mueve, un presente que se adapta. Si el presente se abre sobre el pasado al conocerlo y tomarlo en cuenta, al teñirlo con su matiz y al modificarlo, lo abre sobre todo hacia el futuro: “El presente puro es el inasible progreso del pretérito que roe el futuro.”³ La duración es, entonces, el brote de una novedad imprevisible, como la vida y la libertad.

De ahí que la tripartición del tiempo en tres zonas, según una representación por completo espacial que se despliega sobre una línea, de pasado, presente y futuro, anunciada antes por san Agustín, no tenga ya pertinencia: “acepto y afirmo que los tiempos son tres, pasado, presente y futuro, como se dice en el uso común. No lo reprendo ni lo contradigo, con

¹ San Agustín, *Confessions*, 1989, Paris, Les Belles Lettres, libro XI, 18, 24, p. 313; 20, 26, p. 314.

² *Op. cit.*, libro XI, 14, 17, p. 308.

³ Henri Bergson, *Matière et mémoire*, 2004 (1939), Paris, PUF, p. 167.

tal que se entienda lo que se dice y no se preste existencia real ni al pasado ni al futuro”.⁴ Lo que constituye el valor del presente es su duración, lo que hace que sólo el presente exista y tenga sentido.

El valor de la duración

Refutando la predicción del oráculo, el dios del tiempo hizo de tal manera que no tuviese que correr riesgos, al no tener que ajustar su acción en la permanencia, ni tener que prevenirla en un universo incierto. El costo de este ajuste le pareció sin duda demasiado elevado, pero de hecho tal era la condición, en la duración, de su propio poder. Era el rechazo de la posibilidad de variación o imprevisibilidad y del ajuste que debía realizar lo que, paradójicamente, volvió ineluctable al oráculo. Entonces se desarrolló el mundo. El mito parece indicar que la duración, con su parte de imprevisibilidad –tal como se ha definido más arriba–, otorga su valor, y también su validez, al desarrollo.

El tiempo es, con mucho, el dato fundamental de las interrogaciones contemporáneas sobre el corto y el largo plazo. Cuando los agentes económicos no atribuyen importancia más que al binomio costo-beneficio,

mientras que los inversores conscientes de las nuevas exigencias de ‘desarrollo sustentable’ quieren dar a sus inversionistas ‘socialmente responsables’ un nuevo criterio, que parece de pura moralidad, se llega a plantear la siguiente pregunta: ¿la duración en qué puede disminuir el costo, es decir, la variabilidad y la imprevisibilidad, y mejorar el beneficio para los inversores que son instituciones, sociedades, individuos conscientes de las nuevas exigencias de la compleja modernidad del mundo?

La dificultad del término ‘valor’ radica en la diversidad de terrenos en los que puede encontrarse su significado. En el léxico, el valor señala cualidades físicas y morales personales; se define comúnmente a la ética como un sistema de valores; lo que se denomina ‘valor de verdad’ es la articulación de lo verdadero, lo válido y lo valioso. El valor, en economía, está ligado a *Geld*, la plata, lo metálico, y *Gold*, el oro.

La duración, como valor, ¿en qué podría mejorar el riesgo, al disminuirlo, es decir, al disminuir la variabilidad, la imprevisibilidad? ¿En qué podría mejorar el beneficio, al aumentarlo?

⁴ San Agustín, *op. cit.*, XI, 20, 26, p. 314.

El corto plazo: a riesgo de la eternidad

En el corto plazo, el individuo y las sociedades son arrastrados por los recortes, los hiatos, las rupturas en el tiempo y en el espacio. El pequeño accionista jubilado no piensa más que una cosa: revender próximamente su acción para sacar, en el corto plazo, los ingresos de su manutención. El análisis financiero tiende, a veces, a ser prisionero de criterios de evaluación que privilegian los efectos a corto plazo. De esta manera, el corto plazo se banaliza en urgencia, semejante a una droga, estimulante pero tóxica, dictatorial. Evidentemente, no es cosa de pensar la huida del tiempo: “sin saber a dónde ir, no existe nada que nos salve, somos naturalmente atraídos por los paisajes de arena”, escribió el dramaturgo japonés Akio Miyazawa, tan sensible como los occidentales a la descomposición de las referencias temporales en un Japón en el que la cultura confuciana y la visión del tiempo están muy alejadas de las tradiciones judeocristianas.⁵ El corto plazo, como las arenas movedizas, puede ser engañoso. Cree parecerse a la definición de felicidad: viva e impalpable, siempre demasiado

breve; es en la inmediatez que reduce o abole toda sucesión y que cree abolir toda imprevisibilidad, toda variabilidad ligada a la sucesión.

Al devorar a sus hijos por miedo a ser destronado por uno de ellos, razonando de forma cortoplacista, Cronos no tiene en cuenta ni el cielo ni la tierra en los que ha nacido y niega todo futuro; quisiera liberarse de la naturaleza y de sus ritmos para asegurar su poder que será, entonces, de manera insensible, intemporal. Precisamente la reflexión sobre las distorsiones entre el largo plazo de la naturaleza y el corto plazo, más propiamente tecnológico, pretendidamente suspensivo, lleva a una interrogación sin precedentes: ¿cómo construir una cultura de la responsabilidad entre el costo y el beneficio? Los umbrales, más allá de los cuales son creadas, más o menos a corto plazo, las situaciones irreversibles en lo que concierne al medio ambiente, como las graves contaminaciones, los desecamientos de los lagos, las deforestaciones, etcétera, han sido señales para una reflexión social y societal más dilatada.

El corto plazo no podría ser un valor. En cinco años, el pequeño accionista deberá revender su acción a alguien, quien querrá comprar el valor de duración de la acción. No se puede olvidar jamás la noción de eternidad, que es subyacente a la

⁵ Estudio del *Asahi Shimbun*, reproducido en el *Courrier international*, 23 de abril de 1994.

noción americana de *going concern*: la empresa dura, como los Estados, tiene la misma vocación de continuidad, para durar eternamente.⁶ Es significativo que los creadores de empresas indiquen siempre la duración máxima de 99 años en los boletines de anuncios legales de creación de empresas. Ahora bien, todos saben que muy pocas empresas sobreviven más de un siglo, porque o son compradas o desaparecen, y se inscriben en el proceso de destrucción creadora bien descrita por John Schumpeter. Evidentemente, existen excepciones, como Saint-Gobain, Schneider –convertida en Schneider Electric o Wendel–, pero a precio de transformaciones extremas.

El largo plazo: la ‘duración orgánica’ y el infinito

El largo plazo tiene que ver con lo que Bergson califica como ‘duración orgánica’, es decir, con la memoria, las vivencias, los imaginarios y las emociones, todos los elementos que forman parte del conocimiento. Tiene, pues, que ver con este presente que dura, abierto siempre al pasado y al futuro. Nada muere salvo lo vivo, nada cambia ni se adapta salvo lo real.

⁶ En inglés en el original [“Negocio en marcha”. *N. del T.*].

La duración está del lado del cambio y de la adaptación, de los ciclos de nacimiento, muerte y renacimiento de la naturaleza y de los hombres: está del lado del lazo social. Por milenios, las civilizaciones se han desarrollado, adaptado y se han vuelto complejas; han tenido necesidad de choques y enfrentamientos para construirse. La marcha del pensamiento, tal como se despliega en la duración, en el largo plazo, es infinitamente más rica, más ágil y más compleja que los encadenamientos secuenciales por los que no pueden transcurrir nuestras máquinas electrónicas. Es importante hacer justicia a la maduración de una situación, a la elaboración progresiva de una cultura o de un pensamiento, a la maduración de los hombres, y no alentar ni las mezclas ni los choques frontales. Dicha maduración ha tenido necesidad de crisis que, más o menos, permanecen presentes en la conciencia de las culturas, como la especulación de los tulipanes en Holanda durante el siglo XVII, los ferrocarriles en los Estados Unidos en el siglo XIX, o la burbuja de internet, de desigual amplitud, entre 1998 y el año 2000.

En lo financiero, todo pasado se considera como integralmente conocido y atendido, sólo cuenta el futuro. ¿Quién pretendería jamás haber visto desaparecer el presente? No es posible invertir-se o invertir de otro

modo que en el presente, tomando sus responsabilidades en el presente de las sociedades y del mundo. La filósofa Simone Weil observa: “Un ser humano tiene una raíz para su participación real, activa y natural a la existencia colectiva, que conserva vivos ciertos tesoros del pasado y ciertos presentimientos del futuro.”⁷ Todo ser humano, puesto que es social, está enraizado en un presente que dura, que se extiende muy lejos, por así decirlo al infinito, cuyo futuro responde al pasado; la duración le otorga el vivir la fecunda dualidad china entre el *qiu* y el *lao*, entre lo que está envejecido, pasado, y lo que está maduro, valorizado por la edad, al infinito de dicha valorización. El valor de una acción, hoy, no es sino la suma de sus dividendos futuros, al infinito. Lo financiero debe preveer esta suma, actualizándola, adaptándola. El tiempo, o la duración, es dinero, reza el refrán popular. La duración nos lleva a enfocarnos de nuevo en el modelo teórico de la valuación de activos que consiste en considerar el flujo de dividendos al infinito. En el corto plazo el infinito no se toma en cuenta en absoluto. Me refiero aquí al método clásico de valuación de activos.

⁷ Simone Weil, *L'enracinement- Prélude à une déclaration des devoirs envers l'être humain*, 1950, Paris, Gallimard, segunda parte, “Le déracinement”, p. 36.

La elección durable, como efecto mariposa

A los griegos y los latinos les apasionaba aquello que estaba a punto de llegar, de desarrollarse ampliamente en el espacio y en la duración, de donde el mito de Cronos citado anteriormente, y de donde el *ahora*, el τὸ νῦν aristotélico, denominado *momentum* en latín; ha sido ya destacado el estrecho lazo entre *momentum* y *movimentum*, movimiento. ¿Qué es el *momentum*? Exactamente, es la pequeña cantidad que hace inclinarse a la balanza, según Arquímedes. Esta ‘pequeña cantidad’ no está muy alejada del batir de las alas de una mariposa en Brasil, que desencadena un tornado en Texas, fenómeno que ha sido comprobado por el meteorólogo Edward Lorenz y que consiste en la sensibilidad extrema sobre el largo plazo de las pequeñas variaciones iniciales. Una variación ínfima de algún elemento se puede amplificar progresivamente hasta provocar cambios considerables al final de una cierta duración. A dicho τὸ νῦν o *momentum* está ligada la noción de κατὰ, que es el momento adecuado, el momento oportuno, toda duración decisiva en la que se trata de saber elegir, la elección durable, que es también el *qi shi* de la tradición china. Lo que está aquí en discusión es la gran importancia

del primer acontecimiento como verdadera elección duradera. En función de una elección durable, de un compromiso duradero, por mínimo que sea en principio —diversificación del riesgo, selección y operación progresivas de nuevas políticas, de administración de empresas, por ejemplo— la duración puede crear valor, ser valor: económico y ético. El financiero interviene justo en este momento: no tiene por vocación la supresión del riesgo, pero tal vez puede determinar cuál es un buen costo para determinado nivel de beneficio. No se deja el presente, el presente dura, con contenidos ciertamente distintos, pero sin cesar, no obstante, de ser presente. “Morir sin perecer es larga vida”, ha dicho el fundador del taoísmo, Lao Tsé. Desde la misma perspectiva, otro filósofo, François Cheng, define la eternidad como “hecha de instantes sobresalientes donde la vida se lanza hacia lo Abierto”.⁸

¿Prevenir la incertidumbre?

Al disminuir el riesgo por la selección, lo que es paradójico, la duración impacta como valor sobre las nociones de costo y beneficio, si

crea buenas condiciones para todos aquellos que tienen intereses en una empresa. La construcción de una sociedad duradera supone, en efecto, controlar la disminución de la volatilidad de los rendimientos, sin olvidar que no se trata de suprimir el riesgo, porque sería suprimir la decisión personal y, por lo tanto, la empresa. La construcción de una sociedad duradera supone aumentar el valor de los rendimientos. Se trata de comprender y gestionar los desequilibrios de toda clase: ambientales, sociales y societales, económicos, puesto que existen equilibrios iniciales o, más exactamente, de prevenir la incertidumbre. Los financieros buscan modelar los fenómenos cuyas leyes son todavía oscuras. Ajustan permanentemente sus modelos a datos nuevos, con el fin de preveer un universo esencialmente incierto: justamente lo que no quiso hacer el dios griego del tiempo.

Auténticos teóricos del caos describen sistemas inestables, intentan racionalizar los mercados financieros; utilizando modelos probabilísticos, son especialistas de la probabilidad, de lo aleatorio, de la transición y la adaptación. ¿Puede la duración disminuir la incertidumbre? Ni el pasado ni el futuro son calculables, medibles, puesto que no se puede medir más que el presente. Tal vez la previsión de la incertidumbre consista

⁸ François Cheng, *Cinq méditations sur la beauté*, 2006, Paris, Albin Michel, p. 50.

en ver, a la vez, en un presente que dura, en un tiempo continuo que no es discreto —me arriesgaría a decir en la duración—, un cielo despejado y uno nublado, como un cielo lluvioso donde las borrascas cuidan siempre, insistentemente, ciertos golpes de luz hacia horizontes lejanos cargados de sol. El inversor socialmente responsable, al reclamar un desarrollo duradero, al afirmar la integración de consideraciones sociales, societales y ambientales, elige fijar su mirada más allá de un estricto análisis financiero —tentación de obtener beneficios a corto plazo—, y más allá de un horizonte que será el de un cielo sólo lluvioso o sólo despejado. Lo que le interesa es comprender la realidad de una empresa en toda su complejidad y continuidad de cielo nublado lanzado hacia la luz, con los intangibles elementos que son, por ejemplo, la imagen, la reputación, la valoración del capital humano... sobre criterios ligados al largo plazo. Fundado en la duración como valor, elige vincular la economía con la ética.

“La necesidad esencial del alma”

Practicar la inversión socialmente responsable, dado que está basada en la duración, en el desarrollo duradero o sostenible, como imperativo para la construcción de una socie-

dad duradera, consistiría entonces en saber afrontar el buen riesgo, el riesgo justo, para ganar mañana. De esta forma se ha podido reevaluar la noción de riesgo: “el riesgo como necesidad esencial del alma”, escribe de nuevo Simone Weil.⁹ El criterio moral, cuando se introduce en el juego del costo-beneficio, hará que la economía tenga que ver, como la política y la moral, con el enigma de la existencia, que consiste en lo que el aspecto eterno e incondicionado, universal, de las obligaciones de cada uno resulta sensible en circunstancias particulares. Frente al doble proceso de globalización y democratización, la duración supone la solidaridad por adelantado. La solidaridad no podría ser una obligación exclusivamente virtuosa, es un proceso ganador ligado a este nuevo régimen de valor que es la duración. ¿Por qué? Porque el ser humano no es ya un simple recurso, sino un actor de pleno derecho, fantástica potencialidad económica, cultural y emocional, en las relaciones renovadas con el mundo y con los otros. La duración, valor económico y valor ético, ofrece extraordinarias oportunidades para todos, instituciones, empresas y personas. El financiero se reúne aquí con el filósofo.

⁹ Simone Weil, *La pesanteur et la grâce*, 1991, Paris, Agora-Plon, p. 212.

La interrogante que emerge ahora es la siguiente: ¿qué costo, para qué resultado? El desarrollo duradero o sostenible quiere consistir en la búsqueda, mediante la gestión de largo plazo, de una armonización progresiva ligada a los temas de medio ambiente, sociedad o gestión empresarial. El costo es, ciertamente, considerable: reflexión previa, operación de políticas, cambio de métodos y normas, formación de personas. Pero el resultado es mayor todavía: “A imagen de una melodía –escribe de nuevo François Cheng–, que no está formada por una simple adición de notas y en la cual cada nota se deriva de la precedente y matiza la siguiente [...] cada componente se deja marcar por los otros, imprimiendo a su vez su marca

sobre los demás.”¹⁰ Se trata de esta ‘valoración del capital humano’, para retomar la expresión, discutible y pasada de moda, pero siempre utilizable, empleada por Gary Becker, Premio Nobel de economía de 1964, que permite la argumentación de la productividad, luego del crecimiento económico y del rendimiento, y sin duda del bienestar de su poseedor, lo cual redundaría en el incremento del bien público. El dinero y la ética van de la mano. No existe ‘valoración del capital humano’ que no señale, en adelante, la conexión necesaria entre el saber, el tener y el ser. Habrá, quizá, un nuevo imperativo categórico, como lo recordaba recientemente el filósofo François Ewald: “Actúa de tal manera que la máxima de tu acción sea la duración.”

¹⁰ François Cheng, *op. cit.*, p. 51.